

**Isaac Asimov**

Historia  
Universal

Los griegos



La serie informalmente titulada *Historia Universal Asimov* reúne las obras dedicadas por el gran novelista y divulgador científico a la evolución política, cultural y material de la especie humana.

*Los Griegos* examina el amplio periodo que se extiende desde los tiempos micénicos hasta la configuración de la actual Grecia, ya que el siglo XX, subrayando los aspectos más destacados de una cultura que estableció los cimientos artísticos, filosóficos y políticos sobre los que se asienta la actual civilización occidental.

## La Edad Micénica

En el borde sudoriental de Europa, adentrándose en el mar Mediterráneo, hay una pequeña península a la que llamamos Grecia. Es montañosa y árida, con una línea costera dentada y pequeñas corrientes.

A lo largo de toda su historia, Grecia siempre ha estado rodeada de Estados más grandes, más ricos y más poderosos. Sí sólo se consulta el mapa, en comparación con sus vecinos, siempre parece una tierra pequeña y sin importancia. Sin embargo, no hay tierra más famosa que Grecia; ningún pueblo ha dejado en la historia una huella más profunda que los griegos.

Los griegos que vivieron hace veinticinco siglos (los «antiguos griegos») escribieron fascinantes relatos sobre sus dioses y héroes y aún más fascinantes relatos sobre sí mismos. Construyeron hermosos templos, esculpieron maravillosas estatuas y escribieron magníficas obras de teatro. Dieron algunos de los más grandes pensadores que ha tenido el mundo. Nuestras ideas modernas sobre política, medicina, arte, drama, historia y ciencia se remontan a esos antiguos griegos. Aún leemos sus escritos, estudiamos sus matemáticas, meditamos sobre su filosofía y contemplamos asombrados hasta las ruinas y fragmentos de sus bellos edificios y estatuas.

Toda la civilización occidental desciende directamente de la obra de los antiguos griegos, y la historia de sus triunfos y desastres nunca pierde su fascinación.

## Cnosos

En una época bastante anterior al 2000 a. C., tribus de pueblos grecohablantes comenzaron a desplazarse hacia el Sur desde la región noroeste de la península Balcánica, hasta la tierra que luego sería Grecia. Por entonces, las tribus griegas aún elaboraban herramientas de piedra, pues no se había desarrollado el uso del metal. Pero al sur de la península estaba la isla de Creta.

Creta, con una superficie de unos 8.300 kilómetros cuadrados, es un poco mayor que la mitad del Estado de Connecticut, pero era mucho más importante, en aquellos remotos tiempos, de lo que cabría suponer por su tamaño. Alrededor del 3000 a. C., su pueblo usaba el cobre y había comenzado a construir buenos barcos.

Rodeadas por el mar, las ciudades cretenses debían desarrollar la navegación para comerciar con las naciones de las costas continentales del Sur y del Este. Las flotas de guerra se desarrollaron para proteger a esos barcos de modo que Creta se convirtió en la primera potencia naval de la historia.

Hacia el 2000 a. C., la isla se unió bajo una monarquía fuerte. Durante siglos, la armada la protegió contra las invasiones. Las ciudades de la isla prosperaron y no necesitaron murallas para su defensa. Sus gobernantes construyeron lujosos palacios, realizaron grandes fiestas con elaborados rituales —entre ellos combates taurinos— y crearon bellas obras de arte que aún podemos ver y admirar en los museos.

Los griegos de épocas posteriores guardaron un oscuro recuerdo de esa antigua tierra que dominaba los mares cuando ellos acababan de entrar en Grecia. En sus mitos, hablaban de un poderoso rey Minos que antaño había gobernado Creta.

Durante largo tiempo, los historiadores pensaron que esto no era más que una leyenda, pero a principios de 1893 un arqueólogo inglés, Arthur John Evans, llevó a cabo una serie de excavaciones en Creta que pusieron al descubierto los restos sepultados de la gran civilización que había existido miles de años antes.

En particular, encontró los restos de un magnífico palacio en el emplazamiento de la antigua ciudad de Cnosos, donde se suponía que había gobernado el rey Minos. Por eso, el período de la grandeza de Creta fue llamado la Edad Minoica, en honor al más grande de sus reyes. Esta era se extiende desde alrededor del 3000 a. C. hasta aproximadamente el 1400 a. C.

La civilización cretense se expandió por las islas del Egeo hacia el Norte, y hasta llegó a la tierra firme europea. Cuando las tribus griegas aprendieron las lecciones de civilización de los cretenses, se hicieron más poderosas, crearon ciudades propias cada vez mayores y comenzaron a comerciar con sus vecinos. Pero los griegos siempre tuvieron que estar preparados para resistir las invasiones de las tribus aún no civilizadas del Norte. Por ello, rodearon sus ciudades de grandes murallas.

La parte más meridional de Grecia es la más cercana a Creta, por lo cual fue la que sufrió la mayor influencia civilizadora. Esa parte (aproximadamente del tamaño del Estado de Massachusetts) está casi totalmente separada del resto de Grecia por un estrecho brazo del mar Mediterráneo. Está unida al resto de Grecia por una angosta franja de tierra, o istmo, de unos 32 kilómetros de largo y, en algunos puntos, sólo unos 6 kilómetros de ancho.

Esta península meridional de Grecia era llamada el Peloponeso en la antigüedad, que significa «la isla de Pélops» (pues es casi una isla), porque se creía que en tiempos primitivos había estado gobernada por un legendario rey llamado Pélops.

En la región noreste de la península había tres ciudades importantes: Micenas<sup>[1]</sup>, Tirinto y Argos. A unos sesenta y cinco kilómetros al sur de estas tres ciudades está Esparta, y a unos treinta kilómetros al norte, Corinto. En la costa occidental del Peloponeso se hallaba la ciudad de Pilos.

Corinto se encuentra exactamente en el extremo sudoeste del istmo, que, por esta razón, recibe el nombre de istmo de Corinto. El brazo de mar que está al norte del Peloponeso es el golfo de Corinto.

Al noreste del istmo estaban las ciudades de Atenas y Tebas, pero en aquellos lejanos días estas ciudades cercanas al Peloponeso eran relativamente pequeñas y sin importancia.

Al hacerse más fuertes, cundió el descontento entre los griegos continentales por la dominación cretense y se rebelaron contra ella. No conocemos los detalles de la rebelión, pero los griegos de épocas posteriores conservaban el recuerdo de un héroe ateniense, Teseo, que puso fin al tributo que Atenas pagaba a Creta.

Los griegos lograron derrotar a la armada cretense y dieron fin a los muchos siglos de dominio cretense sobre la tierra firme. Recibieron la ayuda de algún desastre, probablemente un terremoto, que destruyó Cnosos por el 1700 a. C. Finalmente, alrededor del 1400 a. C., los griegos atacaron Creta, se apoderaron de Cnosos y destruyeron el palacio. Éste fue reconstruido más tarde, pero Creta nunca recuperó su poder.

La lengua cretense no ha sido descifrada, por lo que no podemos leer las inscripciones encontradas en ella. Hay varios tipos de escritura cretense. Los más antiguos, usados antes de 1700 a. C., eran pictográficos. Posteriormente, los

cretenses usaron una escritura que consistía esencialmente en líneas onduladas irregulares (como nuestra escritura manuscrita). La primera variedad de esta escritura lineal fue llamada «Lineal A». La variedad posterior, usada por la época de la destrucción de Cnosos, es la «Lineal B».

En 1953, el arqueólogo inglés Michael Ventris logró descifrar la Lineal B y halló que era una forma de griego. Aunque no se usaba el alfabeto griego, las palabras eran griegas.

Los documentos escritos en Lineal B que han sido descifrados consisten en inventarios, recetas, instrucciones para el trabajo, etc. No hay grandes obras de arte, ciencia o historia. Pero hasta los más triviales memorándums comerciales arrojan luz sobre la vida cotidiana de hombres y mujeres, y los historiadores se alegran de tenerlos. Los detalles de la sociedad minoica son un poco más claros gracias a la obra de Ventris.

Además, muestra que la influencia de los griegos continentales se difundió cuando Cnosos era aún una potencia. Probablemente, los comerciantes griegos ocuparon la tierra, los barcos griegos se hicieron cargo del comercio y los cretenses perdieron gradualmente el dominio de su propia isla. La destrucción de Cnosos sólo puso fin a algo que estaba acabando de todas maneras.

## ***Micenas y Troya***

La influencia de los griegos continentales siguió expandiéndose. La ciudad más poderosa de la época era Micenas, por lo que el período de la historia griega comprendido entre 1400 y 1100 a. C. es llamada la Edad Micénica.

Las flotas micénicas se esparcieron por el mar Egeo para comerciar, y a menudo llevaban colonos o guerreros para extender su influencia por la ocupación o la fuerza. Se apoderaron totalmente de Creta en 1250 a. C. y se establecie-

ron en la isla de Chipre, en la parte noroeste del Mediterráneo, a unos 500 kilómetros al este de Creta. Hasta entraron en el mar Negro, al noroeste del Egeo.

Los griegos de edades posteriores consideraban esta Edad Micénica como un período heroico, en el que grandes hombres (supuestamente hijos de dioses) llevaron a cabo impresionantes hazañas. La primera entrada en el mar Negro fue descrita en la forma de la historia de Jasón, quien navegó hacia el noroeste en el barco Argos impulsado por cincuenta «argonautas» remeros. Después de superar grandes peligros, este barco llegó al extremo oriental del mar Negro para conseguir y llevarse un vellocino de oro. Este «vellocino de oro» bien podría ser la versión novelesca de lo que los argonautas buscaban realmente: la riqueza que brinda una expedición comercial de éxito.

Para entrar en el mar Negro, los barcos micénicos tenían que atravesar angostos estrechos. El primero era el Helesponto, que en tiempos modernos recibe el nombre de Dardanelos. En algunos lugares, este tiene un kilómetro y medio de ancho. El Helesponto da acceso a la Propóntide, pequeño mar del tamaño del Estado de Connecticut. Su nombre significa «antes del mar», porque al atravesarlo en una u otra dirección se entra en un gran mar. La Propóntide se contrae pronto para formar un segundo estrecho, el Bósforo, que en algunos sitios sólo tiene unos 800 metros de ancho. Sólo después de atravesar el Bósforo se penetra en el mar Negro propiamente dicho.

Todo pueblo que dominase los estrechos del Helesponto y el Bósforo estaba en condiciones de controlar el rico comercio del mar Negro. Podía cobrar peajes por el paso, y hasta elevados peajes.

En tiempos micénicos, la región estaba gobernada por la ciudad de Troya, ubicada sobre la costa asiática, en el extremo sudoeste del Helesponto. Los troyanos se enriquecieron e hicieron poderosos gracias al comercio del mar

Negro, y los griegos micénicos se sintieron cada vez más descontentos por esa situación.

Finalmente, decidieron apoderarse de los estrechos por la fuerza, y aproximadamente en el 1200 a. C. (1184 a. C. es la fecha tradicional que daban los griegos posteriores) un ejército griego puso sitio a Troya y, por último, la destruyó. El ejército griego, según la tradición, estaba conducido por Agamenón, rey de Micenas y nieto de aquel Pélops de quien había recibido su nombre el Peloponeso.

El relato de algunos episodios de ese sitio lo realizó (o le dio su forma final) un poeta a quien la tradición llama Homero y que vivió y escribió por el 850 a. C. El largo poema épico *La Ilíada* (de Ilión, otro nombre de la ciudad de Troya) relata la historia de la querrela entre Agamenón, jefe del ejército, y Aquiles, el mejor de sus guerreros.

Otro poema, *La Odisea*, presuntamente también de Homero, cuenta las aventuras por las que pasó Odiseo (o Ulises), uno de los guerreros griegos, durante los diez años en los que deambuló después de terminar la guerra.

Tal es la grandeza de los poemas homéricos que viven hasta hoy y han sido leídos y admirados por todas las generaciones posteriores a Homero. Son considerados no sólo las primeras producciones literarias griegas, sino también las más grandes. El relato de Homero está lleno de sucesos sobrenaturales. Los dioses intervienen constantemente en el curso que toman las batallas y a veces hasta se unen al combate. Hasta hace un siglo, los sabios modernos consideraban que los poemas homéricos eran sólo fábulas. Estaban seguros de que nunca había existido realmente la ciudad de Troya ni se había producido sitio alguno. Estaban convencidos de que todo ello era invención y mito de los griegos.

Pero un joven alemán llamado Heinrich Schliemann, nacido en 1822, leyó los poemas homéricos y se sintió fascinado por ellos. Estaba seguro de que eran historia verdadera (excepto en lo concerniente a los dioses, claro está).

Su sueño era excavar las antiguas ruinas en las que había estado Troya y hallar la ciudad descrita por Homero.

Se dedicó a los negocios y trabajó duramente a fin de obtener la fortuna que necesitaba para realizar la investigación, y estudió arqueología para tener los conocimientos necesarios. Todo ocurrió como lo había planeado. Se hizo rico, estudió arqueología y la lengua griega, y en 1870 se marchó a Turquía.

En la región noroeste de ese país había una pequeña aldea que era su objetivo, pues su estudio de La Ilíada lo había convencido de que los montículos cercanos cubrían las ruinas despedazadas de la antigua ciudad.

Comenzó a excavar y descubrió las ruinas, no de una ciudad, sino de una serie de ciudades, una encima de otra. Comparó la descripción de La Ilíada con una de esas ciudades, y hoy ya nadie duda de que Troya existió realmente.

En 1876, Schliemann inició excavaciones similares en Micenas y descubrió rastros de una poderosa ciudad de espesas murallas. Gracias a su labor, ha visto la luz buena parte del conocimiento moderno sobre la época de la guerra troyana.

## **Argivos y aqueos**

En sus poemas, Homero usa dos palabras para referirse a los griegos: argivos y aqueos. Evidentemente, se trata de nombres tribales. El gobierno de Agamenón se centraba en las ciudades de Micenas, Tirinto y Argos. En tiempos de Homero, Argos se había convertido en la más poderosa de las tres, de modo que era natural que considerase a Agamenón como un argivo.

Aunque Agamenón dirigió el ejército griego, no gobernaba a todos los griegos como rey absoluto, pues otras regiones tenían sus propios reyes. Pero los otros reyes, en particular los del Peloponeso, concedían a Agamenón el

primer lugar. La ciudad de Esparta estaba gobernada por Menelao, hermano de Agamenón. Más aún, Agamenón suministró barcos a las ciudades del interior del Peloponeso, las cuales, al no poseer acceso al mar, no tenían barcos propios. El término argivos, pues, quizás incluyera a todos los habitantes del Peloponeso.

Pero ¿qué ocurría con los aqueos? A unos 80 kilómetros al norte del golfo de Corinto, hay un sector de la costa egea que forma la parte más meridional de una gran llanura habitada antaño por gentes llamadas aqueos. Jasón era un aqueo, según la leyenda, y lo mismo Aquiles.

Al parecer, los aqueos no estaban tanto bajo la férula de Agamenón como los argivos del Peloponeso. Aquiles riñó con Agamenón y se retiró altaneramente del combate cuando sintió que sus derechos no habían sido respetados. Actuó como si fuera un aliado independiente, no como un subordinado.

Los aqueos, que vivían bastante más al norte que los argivos, estuvieron menos expuestos a la influencia civilizadora de Creta y eran más salvajes. Aquiles es descrito como un hombre colérico, que no vacilaba en abandonar a sus aliados en un ataque de furia. Más tarde, cuando el enemigo provoca su ira nuevamente, se lanza a la batalla de la manera más feroz. Los miembros de una de las tribus aqueas se llamaban a sí mismos helenos, y la región en que vivían era la Hélade. Aunque sólo son mencionados casualmente en un verso de La Ilíada, probablemente es un indicio de la temprana importancia de los aqueos el que esos nombres se difundieran hasta incluir a toda Grecia.

A lo largo de toda la historia, desde la Época Micénica, los griegos han llamado a su tierra la «Hélade» y a sí mismos helenos. Aún ahora el nombre oficial del moderno reino de Grecia es la Hélade<sup>[2]</sup>.

Nuestras palabras «Grecia» y «griego» fueron heredadas de los romanos. Ocurrió que un grupo de helenos emigró a Italia algún tiempo después del Período Micénico (la parte

más meridional de Italia está separada de la Grecia noroccidental por una extensión de mar de sólo unos 50 kilómetros). Los miembros de la tribu que emigró a Italia se llamaban a sí mismos «graikoi», que en la lengua latina de los romanos se convirtió en «graeci». Los romanos aplicaron este nombre a todos los helenos, perteneciesen o no a la tribu de los *graikoi*. En castellano, esta palabra se ha convertido en «griegos».

Los sabios que estudian la historia griega usan también el término más antiguo. Por ejemplo, al período más primitivo de la historia griega, hasta la guerra de Troya y un poco después, es llamado el Período Heládico. Lo que he llamado la Edad Micénica, pues, puede llamarse también Período Heládico Tardío.

## La Edad de Hierro

### *La lengua griega*

Si bien los griegos aun desde los tiempos más antiguos reconocían la existencia de tribus separadas, también comprendían que había un parentesco entre todas las tribus que hablaban griego. La lengua siempre es importante, pues los grupos de personas, por diferentes que sean en algunos aspectos, pueden comunicarse entre sí mientras hablen una lengua común. Ello les da una literatura común y una comprensión mutua de sus tradiciones. En suma, comparten una herencia similar y sienten un parentesco natural.

Por ello, con el tiempo los griegos tendieron a dividir a todo el mundo en dos grupos: ellos, los grecoparlantes, y los extranjeros, los que no hablaban griego. Para los griegos, los extranjeros parecían proferir sílabas sin sentido, que eran como decir «bar-bar-bar-bar» por el significado que tenían (al menos para los griegos). Así, los griegos llamaban a todos los que no eran griegos *barbaroi*, que significaba algo así como «gente que habla de manera extraña». Nuestra versión de esa palabra es «bárbaros».

Al principio, esa palabra no significaba «no civilizado»; sólo significaba «no griego». Los sirios y los egipcios, que poseían elevadas civilizaciones mucho más antiguas que la griega, eran, sin embargo, «bárbaros».

Pero en siglos posteriores, la civilización griega alcanzó grandes alturas, y los más profundos pensamientos de los

filósofos y los literatos llegaron a estar plasmados en la lengua griega. Los griegos elaboraron un vocabulario muy complicado y un modo flexible de formar nuevas palabras (para expresar nuevas ideas) a partir de las viejas. En efecto, aún decimos comúnmente «los griegos tienen una palabra para eso», lo cual significa sencillamente que, cualquier nueva idea que se nos ocurra, siempre podremos hallar una palabra o frase en la lengua griega para expresarla. El vocabulario científico moderno ha tomado muchísimas voces del griego para expresar términos y nociones que ningún griego de la antigüedad oyó jamás.

Comparadas con la lengua griega, otras lenguas parecen habitualmente defectuosas y torpes. Comparadas con la civilización griega, las de otros pueblos parecían atrasadas. Como consecuencia de esto, a medida que transcurrieron los siglos, un bárbaro (uno que no hablaba griego) llegó a ser considerado como totalmente incivilizado. La gente incivilizada tiende a ser cruel y salvaje, y éste ha llegado a ser el significado de «bárbaro».

Los griegos, aunque reconocían su lengua común, también se percataban de que existían varios dialectos de esa lengua. No todos los griegos hablaban el griego exactamente del mismo modo.

En la Edad Micénica, los dos dialectos griegos más importantes eran el jónico y el eolio. Parece probable que en tiempos de Agamenón los argivos hablasen un griego jónico, mientras que los aqueos hablaban una forma de griego eólico.

En tiempos micénicos, sin embargo, había un grupo de griegos que hablaban un tercer dialecto, el dórico. Mientras Agamenón, el jonio, y Aquiles, el eolio, se coaligaban para destruir a la ciudad de Troya, los dorios vivían lejos, en el Noroeste. Alejados de la influencia del Sur avanzado, permanecieron atrasados e incivilizados.

### «Los Pueblos del Mar».

Ya en pleno florecimiento de la Edad Micénica, se gestaban graves conmociones; los pueblos que habitaban fuera del ámbito civilizado estaban agitándose y desplazándose.

Esto ocurre periódicamente en la historia. En alguna parte de Asia Central, quizá, transcurre una larga serie de años de buenas lluvias durante los cuales las cosechas y los rebaños se multiplican y la población aumenta. Pero a esos pueden seguir años de sequía, durante los que la población puede enfrentarse con el hambre. No tienen más remedio que marcharse en busca de pastos para sus rebaños y una vida mejor para ellos.

Las tribus que reciben el primer embate de los invasores deben a su vez huir, y esto pone en movimiento a un nuevo grupo de pueblos. Con el tiempo, las tribus migrantes provocan grandes trastornos en vastas regiones. Esto fue lo que ocurrió en la Era Micénica.

Los dorios, que eran los que vivían más al norte de todos los griegos, fueron también los primeros en sufrir la presión. Se desplazaron hacia el Sur, contra las tribus de lengua eólica, las que a su vez debieron moverse hacia el Sur.

Los miembros de una de las tribus eolias recibían el nombre de tesalios. Poco después de la guerra de Troya (1150 a. C., quizá) se desplazaron hacia el Sur, a la llanura donde vivían los aqueos y de la cual forma parte la Ftiótide. Allí se establecieron en forma permanente, por lo que desde entonces esa región (del tamaño del Estado de Connecticut, aproximadamente), ha sido llamada Tesalia.

Otra tribu eolia, los beocios, se desplazaron aún más al sur por el 1120 a. C., a la llanura un poco menor que rodea a la ciudad de Tebas. Esa región fue llamada Beocia.